

**ADVERTENCIA DE SAN PABLO:
cuidado con comulgar la propia condenación.**

«Quién coma el pan o beba el cáliz indignamente se hace culpable de profanar el cuerpo y la sangre del Señor. Examínese, pues, cada uno»

Con esta frase (1Cor 11, 28-29) Pablo no quiere que los cristianos dejen de comulgar por miedo, y probablemente ni siquiera espere que sean perfectos. Él sabe que la misericordia de Dios es capaz de envolver nuestros pecados... La advertencia es para los que han normalizado su pecado y se presentan ante Dios haciéndose los tontos, para los que ni se reconocen pecadores, ni quieren cambiar... más aún, para los que justifican su pecado. 'No se puede encender una vela a Dios y otra al diablo', decimos nosotros.

La comunión requiere una actitud de vida y una de corazón: una actitud de vida, la de vivir cada día buscando hacer las cosas como Dios manda, como Jesús nos ha enseñado...; y una actitud de corazón, la de presentarse humildemente sabiendo que no estamos a la altura del don de su amor, que nuestra vida es demasiado mediocre, que no podemos solos con nuestro pecado... Con estas actitudes comulgamos la vida de Dios, sin ellas comulgamos solo nuestra propia mediocridad que nos lleva a la muerte.



Convencer al corazón

No es extraño que en estos tiempos nuestra fe en la presencia de Cristo en la eucaristía no pocas veces se tambalee. Durante este mes busca algún rato para orar ante el Santísimo y simplemente escucha este texto del evangelio de San Juan (6, 51. 54. Puedes leer todo el capítulo 6) y pide a tu corazón que se entregue en confianza. El Señor sabrá hacerte sentir a su tiempo cómo su vida te acompaña, te envuelve con su fuerza y te viste de una esperanza inquebrantable.

*Yo soy el pan vivo bajado del Cielo. El que coma este pan vivirá para siempre.
El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo. El que come mi carne
y bebe mi sangre vive mi propia vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día»*



Comulgar es hacerse uno con las ideas o la vida de otro distinto de nosotros mismos, crear un vínculo común que haga compartir la existencia. En este mes, donde todo parece envuelto en las primeras comuniones de los niños, te proponemos meditar sobre este acontecimiento para ahondar en el significado y la vivencia del mismo en tu vida personal.

Cristo comulga nuestra vida, nos da a comulgar la suya y, así, al participar de su mismo ser vamos entrando en comunión unos con otros. La comunión eucarística de cada domingo (de cada día) es el momento central de nuestra vida pues en ella quedamos definidos por el amor misericordioso y gratuito de Dios y, a la vez, vamos poniendo nuestra vida en sus manos para que Él mismo la modele según su mismo Espíritu.

Necesitamos pues, como en las cosas importantes de la vida, aprender a vivir este hecho con una entrega cada vez mayor, con una implicación cada vez más honda.

ITINERARIO DE LA ORACIÓN

1) Cada semana utiliza solo uno de los apartados (No corras, no te importe dedicar tu oración solo a una idea y repetirla otro día. Así va calando en tu corazón). ---**2)** Medítalo y dialoga con Dios sobre lo que se dice y lo que te sugiere en relación a tu vida. ---**3)** Trae a tu corazón situaciones concretas donde reconozcas vivir o no vivir lo que se dice, y alaba al Señor, da gracias, pide perdón, ayuda... ---**4)** Termina tu oración pidiendo por los niños que durante estos días comulgan y por sus padres.

LA PRIMERA COMUNIÓN: Cristo comulga con nuestras vidas

«Tomad y comed..., yo estoy con vosotros hasta el fin de los días»

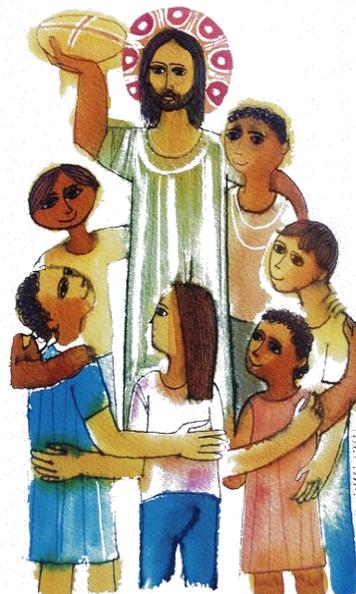
La comunión es la presencia gratuita de Jesús que se ofrece como un regalo de vida de Dios mismo para acompañar, renovar y sostener nuestra existencia. En ella Cristo mismo nos sale al encuentro para compartir su vida. Se trata de una extensión de su encarnación. Esta es *la primera comunión*, la primera dimensión que hemos de vivir y que debería conllevar siempre la alegría de sabernos buscados por el amor de Dios más allá de que lo esperemos, lo busquemos o lo merezcamos... (*Señor no soy digno de que entres en mi casa...*) Dios ha querido comulgar con nosotros, entrar en comunión con tu vida concreta... Sin asumir esta realidad nuestra relación con Dios se hará vulgar e incluso se pervertirá.

El evangelista Juan nos recuerda que la carne de Jesús es el pan de nuestra vida, nos invita a comprender que se hizo hombre para alimentar nuestra esperanza, que cada gesto de cercanía con los hombres (pobres, marginados, leprosos, mal vistos, pecadores y los que buscaban vivir justamente a pesar de sus torpezas....) se repite cuando sale a nuestro encuentro en la comunión para hacernos saber que Dios tiene sitio en su propio ser para nosotros. Cristo ha querido comulgar nuestra vida (vivirla con nosotros) para que sepamos que ya nunca estamos solos y la desesperanza desaparezca de nuestro corazón. Esto es lo que renovamos en cada comunión.

LA SEGUNDA COMUNIÓN: Comulgamos con la vida de Cristo

«Tened los mismos sentimientos de Cristo Jesús...»

Cuando comprendemos que Cristo está misericordiosamente de nuestra parte, queremos atraerlo ya para siempre a nuestra vida... y aquí siempre aparece una tentación, que se concreta en la eucaristía. La tentación e hacerle nuestro sin querer hacernos suyos. Es necesario entonces pasar a *la segunda comunión*, a una segunda dimensión de este encuentro. Cristo viene a nosotros para que comulguemos con Él, para que nos hagamos uno con su vida y con la forma de vivir (Fil 2, 1-11).



Comulgar a Cristo es dejar que Él vaya formando en nuestro corazón sus mismos sentimientos de acción de gracias, de generosidad, de misericordia, de hospitalidad... y alejando todo lo que se opone a su vida: la codicia, el orgullo, la vanagloria, la envidia, el odio...

Comulgar el cuerpo de Cristo es ciertamente aceptar que nos da vida y alegrarnos por ello, pero a la vez reconocer que este don tiene el precio de un combate contra formas de vida que se nos han asociado parasitariamente. Aquí comulgamos no solo su vida resucitada sino su vida crucificada en el combate contra el mal. Esta comunión se hace difícil de tragar, pero es la medicina necesaria para sanar nuestra vida.

LA TERCERA COMUNIÓN: Formar un solo cuerpo de comunión en Cristo.

**«Nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo
al quedar unidos a Cristo, y somos miembros los unos de los otros»**

Demasiadas veces la eucaristía ha quedado convertida en un espacio de encuentro individual con Cristo. Él conmigo y yo con Él. Los demás que están ahí, en misa, conmigo, no formarían parte de mi celebración. Esta no es la eucaristía de Jesús donde al acogernos nos une en sí y nos entrega unos a otros para que con su misma vida superemos las diferencias y aprendamos los caminos de la fraternidad (Rom 12, 3-8; 1Cor 12-13).

La tercera comunión consiste en descubrir cómo la unión con Cristo me une también a 'ese' que está a mi lado en misa y que quizá no conozco del todo, o quizá no me resulte agradable, o quizá no sepa qué decirle, o quizá me haya hecho daño o se lo haya hecho yo a él... Las distancias entre nosotros vienen a reducirse en el cuerpo de amor de Cristo y hemos de sentir como en Él todos formamos una única súplica (pues todos anhelamos la misma vida de paz, bienestar y amor... pues todos sufrimos por los mismos dolores de enfermedad y muerte, por los mismos fracasos y traiciones...) y todos formamos parte de un amor que entregado quiere fluir entre nosotros.

Demasiadas veces queremos comulgar con Cristo sin comulgar con los que están con Él y esto no es posible, se trata de una tentación y, cuando la consentimos, pervertimos nuestra fe y terminamos creyendo que estamos a su lado cuando en realidad solo nos hemos acercado a un monigote/doble de nuestra vida disfrazado de Jesús.